

COMEMOS TELEVISION

per JORDI DALMAU

La invitada general número uno de nuestros hogares modernos es sin duda la pequeña pantalla. Pequeña sí, por su tamaño, pero no tan diminuta por su peso en la vida actual, ni tan pàrvula como para no contar con ella en el desarrollo de la comunidad.

Contar con TV, con su prodigiosa multiplicación en los hogares españoles es indispensable a la hora de cualquier elaboración, a la hora de tomar cualquier pulso. Y también de cualquier recapitulación de estos últimos años, vividos en compañía del formidable invento.

Se conocen las cifras que nos permiten aterrizar en una realidad concreta: ¿Quiénes poseen televisor?

Del Anuario del Mercado Español extraemos los datos de la objetividad que nos permitirán el comentario del subjetivismo.

Agrupados los municipios españoles según tres niveles de renta producida existe ya una diferenciación en la posesión de aparato TV: en municipios de renta inferior a 15 mil pesetas poseen televisor solamente una cuarta parte de los hogares; en municipios de renta de 15 mil a 45 mil ptas., lo poseen 53 % de hogares contra 47 % que no lo poseen. Y en municipios del tercer nivel, de renta superior a 45 mil ptas., nos hallamos con este contraste: 69 % de hogares lo tienen; 31 % carecen. La primera deducción es, pues, que a mayor renta ambiental en la población más aparatos receptores TV en las casas. Claro está que podría incidir aquí algún factor técnico que dificultaría, como ciertamente dificulta, la recepción en pueblos y aldeas de mala comunicación; no está en nuestra mano llegar a este conocimiento.

Se ha auscultado entre los hogares sin televisor lo que — con perdón — en teología se llama «bautismo de deseo»; se ha sondeado «la televisión de deseo», y en municipios del primer nivel (baja renta) un 80 % de hogares no piensan comprar receptor, mientras que en los de renta superior un 94 % tampoco lo desean.

Estudiada después la posesión según categorías socio-económicas ofrece este resultado: quienes disfrutan de receptor en mayor número no son los hogares correspondientes a la categoría más elevada y mejor situada, sino los pequeños empresarios, técnicos medios y profesionales de rango similar; ellos lo poseen en un 85 %. Siguen luego, con un 75 %, los hogares de categoría socioeconómica correspondiente a grandes empresarios, profesionales liberales, directores de grandes sociedades, altos cargos. El siguiente lugar, 56 % de hogares, lo ocupan los empleados medios, oficinistas, dependientes en general. Y finalmente, sólo el 30 %, hogares de jornaleros, peones, subalternos y personal de servicios domésticos posee receptor TV.

Por edades de los cabezas de familia españoles, quienes poseen menos receptores son los mayores de 55 años. ¿Será la TV, cosa... de jóvenes? Encuestados quienes no poseen televisor — dentro de este grupo de gente mayor — un 90 % manifiesta no desearlo en casa.

En cambio, un 87 % de hogares con el cabeza de familia de menos de 35 años se manifiesta en el sentido de que piensan adquirirlo antes de un año.

Por regiones españolas se observa una muy irregular distribución. Cataluña tiene la mayor densidad: 21'9 % de hogares tienen televisor;

sigue Andalucía, 19'7 %; Levante 14'4 %; Madrid-capital 12'9 %; Norte-Cantábrico 10'7 %; Centro 6'3 %; Noroeste 4'9 %. Obsérvese como, aparte del desigual reparto por distintas regiones, se puede apreciar incluso una notoria desigualdad entre una región como Centro (6'3) y su capital (12'9), que evidencia el ya acostumbrado vasallaje de las grandes ciudades centralistas y absorbentes.

Queda al margen de los guarismos que nos dicen **para quien es** la TV, la consideración sobre **para quien debería ser**. Es harina de otro costal. O programa para otro canal. Porque muchos que integran el 75 % de los poseedores, de la categoría económicamente privilegiada opinan que el 69 % de los clásicamente débiles que no ven TV en casa no han de tener televisor ni desearlo. «Apenas pueden comer y desean comprarse un televisor», suelen sentenciar en contra de una cierta promoción que no es condenable, sino que hay que razonar lógicamente. Precisamente para la mayoría silenciosa de esas clases económicamente débiles deberían ser más abiertas las posibilidades de TV, porque ellos que no pueden llegar a muchos libros — ante una pequeña pantalla, un exponente del mínimo esfuerzo cultural, encuentran el pan espiritual que son capaces de asimilar. Pero también es aquí

donde reside su peligroso germen: la demasiada fácil digestión de todo cuanto ofrecen las pantallas, y cuanto más pequeñas más alcance de todos, llegando a conseguir una fuerte soldadura, o un perfecto injerto entre el hombre y el espectáculo, entre el televidente y el teledirigente. Las obras de arte, para las gentes sencillas de medios culturales, quedan lejos de su realidad cotidiana; y la realidad cotidiana, la vida, la vivienda, la ciudad, el trabajo, todo pesa demasiado sobre los hombros cansados. El punto intermedio es esa mágica pantalla que todo lo «presenta», lo «guioniza», lo «ve» y lo «anuncia» en limpio y en hermoso, servido en dosis constantemente pensadas para mentes desgastadas de nacimiento.

Cuando se quiera planificar en el anchuroso campo de la cultura popular deberá iniciarse contando con la invitada número uno de los hogares, incluso de aquellos que en un lugar reservado tienen ya su «televisión de deseo».

Nos hemos referido naturalmente a una televisión ideal, pensada para el pueblo soberano entre el que figura un importante porcentaje de hogares españoles humildes que disfrutaban ya de su televisor y no hay que censurárselo, sino eso: llenárselo.